llete de lilas blancas, que vale por lo menos cinco luises.

# MI VECINO SANTIAGO

## I.

Tenía veinte años, y habitaba en la calle de Gracieuse. Es esta una callejuela que baja de la altura de Saint-Victor, por detrás del Jardín de Plantas.

Subía dos pisos,—las casas son bajas en este barrio, —agarrándome á una cuerda para no resbalar en los escalones desgastados, y llegaba á mi zaquizamí en la más completa obscuridad. La sala, grande y fría, tenía la desnudez, la claridad pálida de una cueva. Sin embargo, en los días que mi corazón estaba alegre, gocé de claros soles en aquella sombra.

No tardaba en oir risas alegres, que venían del tugurio inmediato, habitado por toda una familia, el padre, la madre y una chicuela de siete á ocho años. El padre tenía un aspecto singular, con la cabeza plantada de través entre dos hombros puntiagudos. Su rostro, huesudo, era amarillento, con abultados ojos negros, hundidos bajo espesas cejas. A pesar de su aspecto lúgubre, llevaba como estereotipada en el semblante una ronrisa tímida y bondadosa. Se le



hubiera tomado por un gran niño de cincuenta años; se turbaba, se ruborizaba como una doncella. Huía de la luz, se deslizaba á lo largo de las paredes con la humildad de un presidiario indultado. Recíprocos saludos nos fueron acercando. Me agradaba aquella faz extraña, llena de inquieta hombría de bien. Poco á poco, llegamos á cambiar cordiales apretones de manos.

## II.

Al cabo de seis meses, ignoraba aún el oficio de que vivían mi vecino Santiago y su familia. El hablaba poco: de su mujer, á quien preguntara con verdadero interés en dos ó tres ocasiones, solo obtuve respuestas evasivas, balbuceadas con torpeza.

Cierto día,—había llovido la víspera, y mi corazón estaba dolorido,—al bajar por el boulevard del Infierno, ví venir en dirección contraria á uno de esos parias del pueblo de Paris, vestido de negro, con sombrero del mismo color y corbata blanca, que llevaba debajo del brazo el estrecho ataúd de un niño recién nacido.

Iba con la cabeza baja; llevaba su ligero fardo con aire de distracción pensativa, y hacía rodar con el pie los guijarros del camino. El cielo estaba blanco. Simpaticé con aquella tristeza que pasaba. Al ruido de mis pasos, el hombre levantó la cabeza; en se-

guida la volvió rápidamente, pero era demasiado tarde; le había reconocido: mi vecino Santiago era enterrador.

Le miré alejarse, avergonzado de su vergüenza. Me dió pena no haber tomado otro paseo. El proseguía su camino, con la cabeza aún más baja, diciéndose, sin duda, que acababa de perder el apretón de manos que cambiábamos todas las tardes.

III.

Al día siguiente le volví á encontrar en la escalera. Quiso hundirse en la pared; se achicó, se empequeñeció, recogió con humildad los pliegues de su blusa, para que la tela no rozase mi traje. Inclinada la frente, su pobre cabeza gris temblaba de emoción.

Me detuve, mirándole á la cara; abrí mi mano cuanto pude, y se la tendí.

Levantó la cabeza, vaciló; tocóle á su vez mirarme frente á frente; vi que se agitaban sus gruesos ojos y que se teñía de púrpura su rostro amarillento. Después, cogiéndome bruscamente del brazo, me acompañó á mi buhardilla, donde por fin tomó la palabra.

—Es V. un joven honrado (me dijo). Su apretón de manos me ha hecho olvidar muchas miradas insultantes.



Sentóse; se confesó á mí. Me declaró que, antes de ser del oficio, sentía, como los demás, hondo malestar al encontrarse con un sepulturero. Pero más tarde, en sus largas horas de camino, en medio del silencio de los fúnebres convoyes, había reflexionado mucho, y se asombraba del disgusto y el temor que inspiraba á su paso.

Tenía yo entonces veinte años, y hubiese abrazado al verdugo. Me lancé á consideraciones filosóficas, queriendo demostrar á mi vecino lo santo de su misión. Mas él levantó sus hombros puntiagudos, se frotó las manos en silencio y con voz lenta y torpe, dijo:

—Créalo V., señor. Las murmuraciones del barrio, las miradas ofensivas de los transeuntes, me inquietan poco, siempre que mi mujer y mi hija tengan pan. Sólo una cosa me desazona: no duermo cuando pienso en ella. Mi mujer y yo somos ya viejos, y no nos ruborizamos. Pero la juventud es ambiciosa. Mi pobre Marta se avergonzará de mí más adelante. A los cinco años vió á uno de mis colegas, y lloró tanto, tuvo tanto miedo, que no me he atrevido á ponerme aún el traje negro delante de ella. Me visto y desnudo en la escalera.

Me compadecí de mi vecino Santiago. Le dije que dejase sus ropas en mi habitación, y se las pusiera y quitase al abrigo del frío. Tomó mil precauciones para trasladar á mi casa sus fúnebres atavíos. A par-

tir de aquel momento, le ví diariamente por la mañana y por la noche. Hacía su tocado en un rincón de mi buhardilla.

## IV.

Tenía yo un cofre, cuya madera se pulverizaba, carcomida por los gusanos. Mi vecino Santiago lo convirtió en un guardarropa; cubrió el fondo con periódicos, y colocó encima, doblándolo delicadamente, su traje negro.

A veces, por las noches, en medio de una pesadilla, me despertaba con sobresalto dirigía miradas extraviadas al viejo cofre, que se extendía á lo largo del muro en forma de ataúd; creía ver salir de él el sombrero, el manto negro, la corbata blanca.

El sombrero giraba en torno de mi lecho, zumbando sordamente, dando pequeños saltos nerviosos; el manto se ensanchaba y agitaba sus paños como grandes alas negras, volando por la habitación, hueco y silencioso; la corbata blanca se estiraba; luego se arrastraba suavemente hacia mí, con la cabeza erguida y meneando la cola.

Abría los ojos desmesuradamente, y veía el viejo cofre inmóvil y sombrío en su rincón.



## V.

En aquella época, mi vida era un sueño de amor, sueño también de tristeza. Sentía cierto placer en medio de mi pesadilla; quería á mi vecino Santiago, porque vivía con los muertos y me traía el olor acre del cementerio. Como resultado de sus confidencias, escribí las primeras páginas de las *Memorias de un sepulturero.*

Por la noche, mi vecino, antes de desnudarse, se sentaba encima del cofre para contarme el trabajo del día. Le gustaba hablar de sus muertos. Ya era una joven; la pobre, muerta de una enfermedad del pecho, pesaba poco; ya un viejo; este viejo, que le había magullado el brazo, era un alto funcionario, que debía haberse llevado su dinero en los bolsillos. Tenía así detalles íntimos acerca de cada muerto; conocía su peso, los ruidos que se habían producido en el ataúd, la manera cómo había sido preciso bajarlos por las vueltas de las escaleras.

Ocurría á veces que mi vecino Santiago venía más hablador y expansivo. Se apoyaba en la pared, recogido el manto sobre el hombro echado hacia atrás el sombrero. Había encontrado herederos generosos, que le habían dado para lutos. En estos casos, acaba-

ba por enternecerse y me juraba que, cuando llegase el momento, daría tierra á mi cuerpo con la mayor suavidad, con mano de amigo cariñoso.

VI.

Viví así más de un año en plena necrología.

Cierta mañana no vino mi vecino Santiago. Ocho días después había muerto.

Cuando dos de sus colegas se llevaron el muerto, estaba yo en el umbral de mi puerta. Les ví bromear, bajando el ataúd, que se quejaba sordamente á cada sacudida.

Uno de ellos, bajo y grueso, decía al otro, alto y delgado:

—Enterremos al enterrador.

# EL PARAÍSO DE LOS GATOS

Una parienta me legó un gato de Angola, que es el animal más estúpido que nunca haya conocido. He aquí lo que él mismo me refirió cierta noche de invierno, ante las calientes cenizas de la chimenea.



I

Tenía entonces dos años, y era el gato mejor cuidado y más ingenuo que es dable imaginar. En edad tan temprana, mostraba ya todas las pretensiones de un animal que desdeña las dulzuras del hogar. Y sin embargo, ¡cuántas gracias debía á la Providencia por haberme colocado en la casa de su tía de usted..! La excelente señora me adoraba. Yo tenía en el fondo de un armario una verdadera alcoba, un colchón de plumas y triple manta. El alimento no desdecía de la cama: nunca pan, jamás sopas; siempre carne, y carne bien fresca, chorreando sangre.

Mas, no obstante tanta dicha, me poseía un deseo, un sueño, el de huir por la entreabierta ventana y escaparme á los tejados. Las caricias se me antojaban sosas; la molicie de mi lecho me causaba náuseas; estaba gordo hasta darme asco á mí mismo; en fin, me aburría soberanamente.

Debo decir que, alargando el cuello, había visto cierto día desde la ventana, en el tejado de enfrente, á cuatro gatos que retozaban, con el pelo erizado, alta la cola, tomando el sol y dando saltos y tumbos sobre las pizarras azules, y mayando de alegría. Nunca había contemplado espectáculo tan extraordinario.